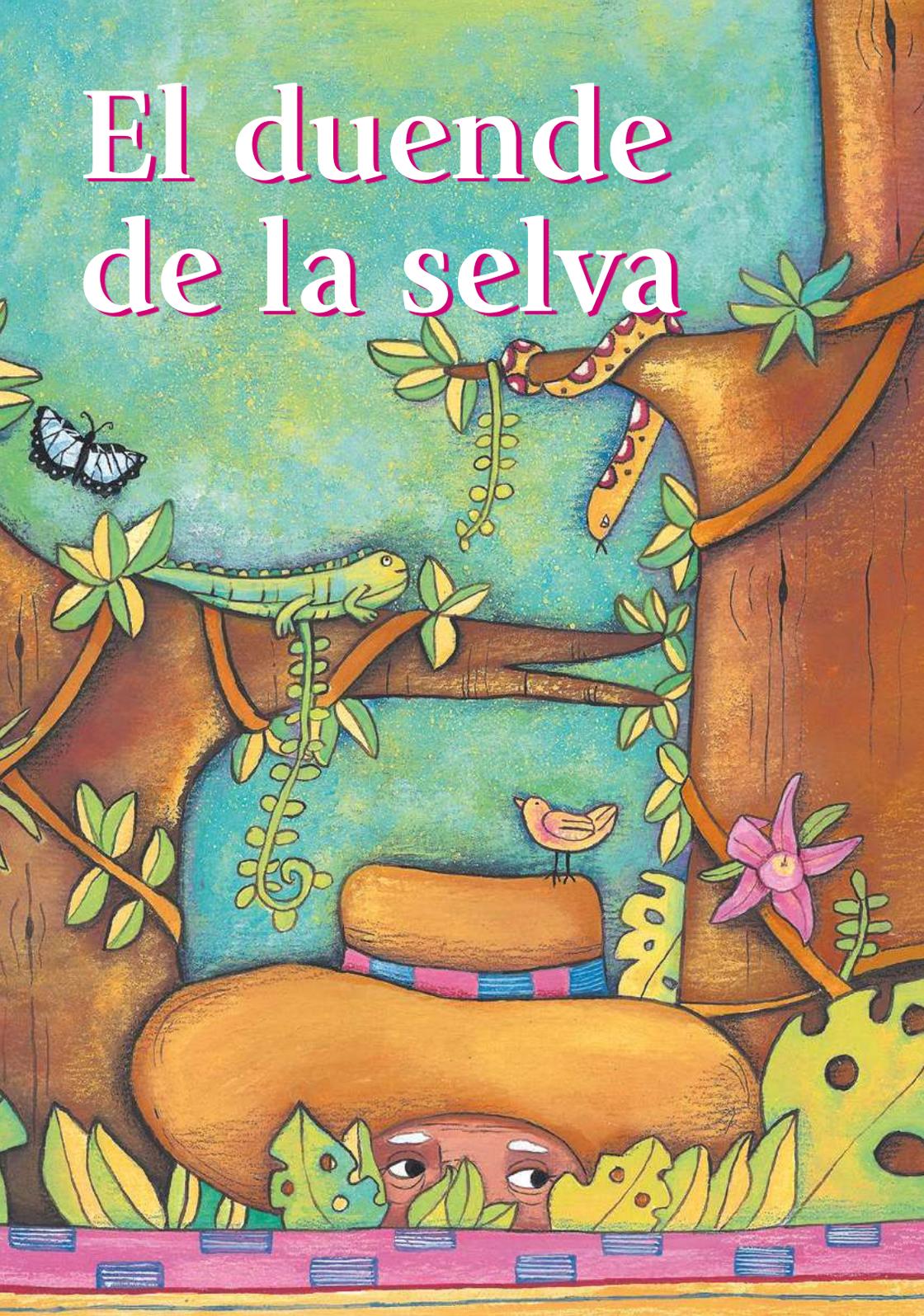


# El duende de la selva



# El duende de la selva



# El duende de la selva

Leticia Ramírez Amaya  
Secretaría de Educación Pública

Gabriel Cámara y Cervera  
Director General del Consejo Nacional de Fomento Educativo

Edición  
Consejo Nacional de Fomento Educativo

Versión escrita  
Rosalba Aguirre Beltrán

*Ilustración*  
Claudia Navarro López

Diseño de la serie  
Mayela Crisóstomo Alcántara

Primera edición: 2001  
Décimocuarta reimpresión: 2022

D.R.© Consejo Nacional de Fomento Educativo  
Av. Universidad 1200,  
col. Xoco, alc. Benito Juárez,  
C.P. 03330, Ciudad de México  
[www.gob.mx/conafe](http://www.gob.mx/conafe)

Impreso en México  
ISBN 978-970-18-6158-5

La historia que dio motivo a este libro fue presentada  
en la convocatoria Ceiba de Palabras, realizada en Chiapas.

# El duende de la selva

---

Versión escrita de Rosalba Aguirre Beltrán  
Ilustraciones de Claudia Navarro López





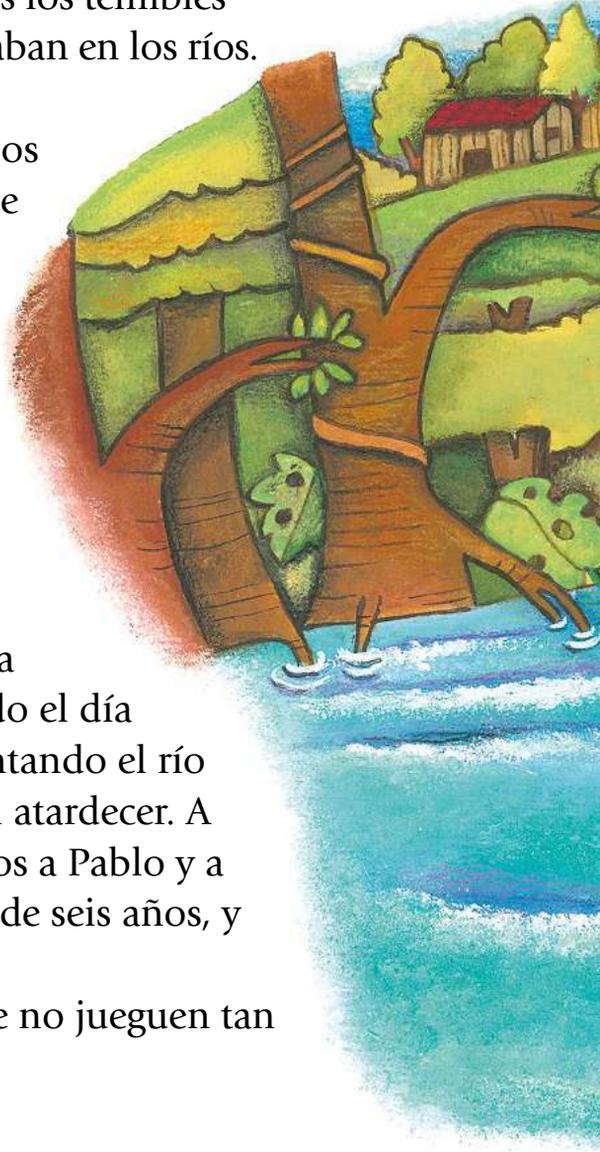
Hace tiempo, en la selva de Chiapas abundaban los árboles que apenas dejaban pasar entre sus ramas la luz del sol. En lo alto de las ceibas vivían montones de guacamayas; en cambio, los changuitos preferían columpiarse en las ramas de las caobas, pero en cuanto se acercaba un jaguar, se ponían a gritar asustados.

Los venados y tapires corrían entonces a buscar dónde esconderse, y solo se quedaban tranquilos los temibles cocodrilos que nadaban en los ríos.

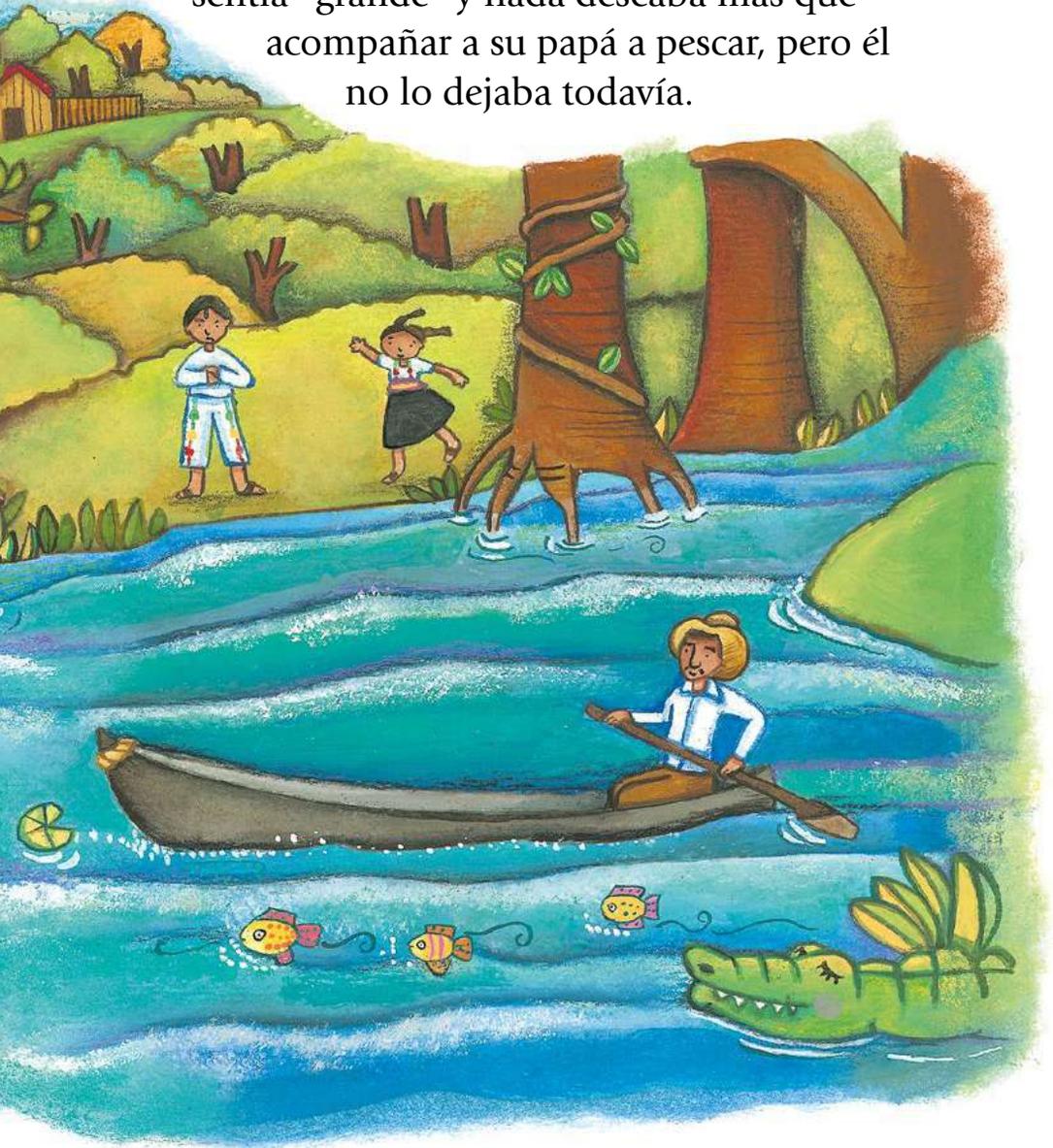
Pero no eran estos los únicos habitantes de la selva. Al pie de los cerros había varios pueblos; en La Perla vivían Pablo, Julia y Beto, los niños de esta historia.

El papá de Pablo era pescador. Se iba todo el día en su cayuco remontando el río Tulija y regresaba al atardecer. A veces veía desde lejos a Pablo y a Julia, su hermanita de seis años, y les gritaba:

— ¡Les he dicho que no jueguen tan cerca de la orilla!



A Pablo le enojaba que lo trataran como niño chiquito, pues a sus ocho años ya se sentía “grande” y nada deseaba más que acompañar a su papá a pescar, pero él no lo dejaba todavía.



Su abuela Matilde —a quien todos llamaban Mati— le decía que era mejor obedecer a su papá, pues de repente los cocodrilos salían del río para asolearse mostrando sus filosos colmillos. Además, en la selva llovía tan fuerte que el río podía desbordarse arrastrando todo lo que encontrara a su paso.

Más que los cocodrilos, a Pablo le daba miedo el Sombrerón, un duende que, según la gente, vivía oculto cerca de los arroyos. Decían que prefería aparecerse cuando había niños nadando o jugando entre los árboles, y que incluso se los llevaba con engaños, pero Pablo nunca lo había visto: para él era todo un misterio.

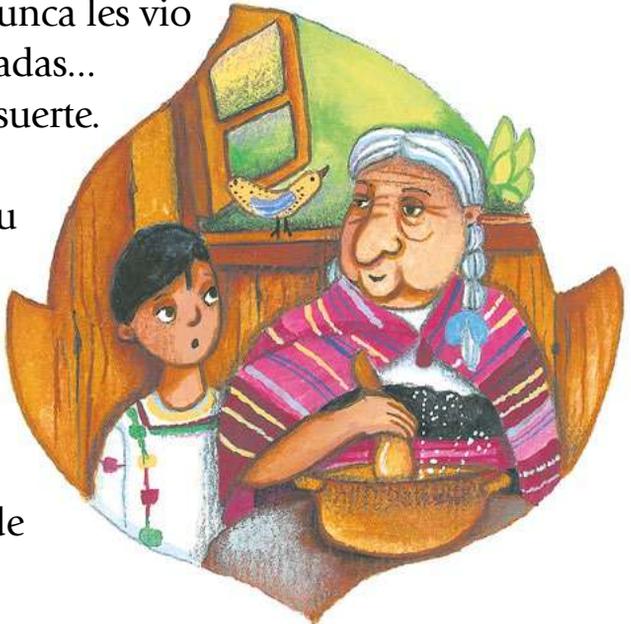
La abuela Mati contaba que el duende usaba un sombrero grande y que a veces, cuando ya todos dormían, salía de su escondite y se montaba en los caballos que más le gustaban.

—¿Cómo sabes eso, abue? —le preguntó Pablo el día que se lo dijo.

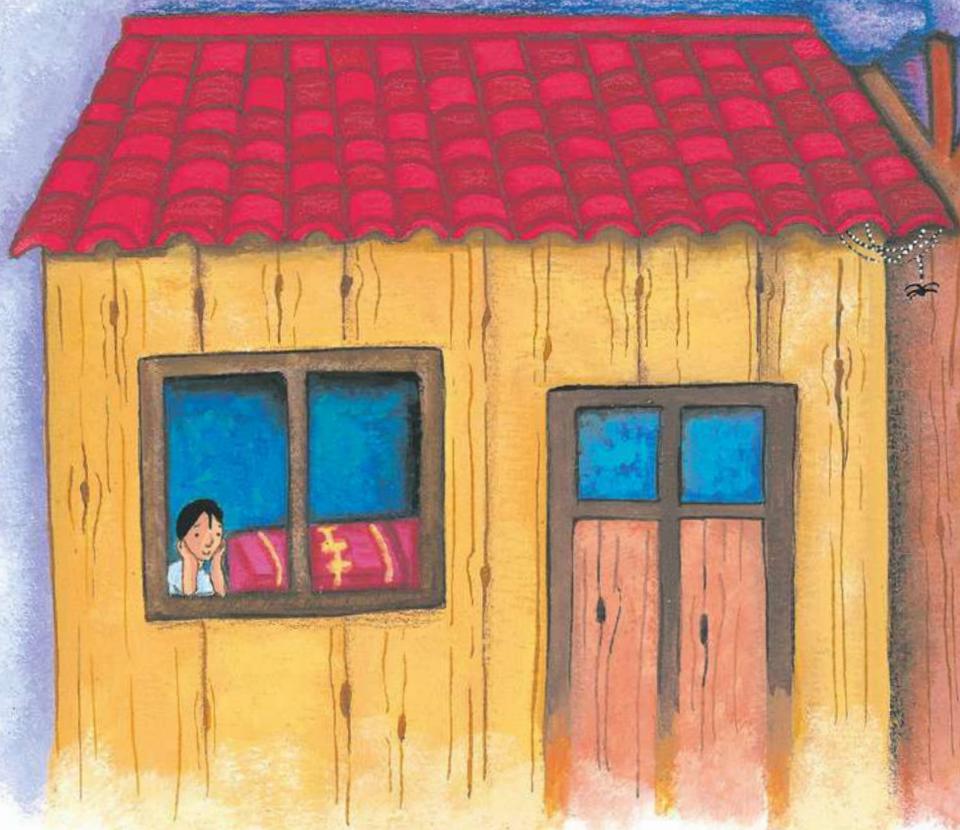
—Porque los caballos que ha montado amanecen con las crines trenzadas —contestó ella sin dejar de mover la sopa—. Y ahora vete a jugar por ahí, que estoy muy ocupada.

Lo único que la abuela no olvidaba decirle es que si un día se lo encontraba, corriera y pidiera ayuda. Desde ese día, Pablo se fijó en los caballos que encontraba de camino a la escuela y nunca les vio las crines trenzadas... sería por mala suerte.

Beto, que era su mejor amigo, le contó que una tarde se encontró al Sombrerón en una poza donde fue a bañarse.



Dijo que el duende se estaba echando unos clavados y lo invitó a jugar, pero él se asustó tanto que corrió hacia su casa sin contestarle. Pablo lo escuchó boquiabierto... ¡entonces era cierto que el Sombrerón existía!



Una vez que salían de la escuela, Beto lo invitó a nadar en la poza.

—Mejor otro día, es que hoy tengo que ayudarle a mi papá a cercar el corral —le contestó Pablo.

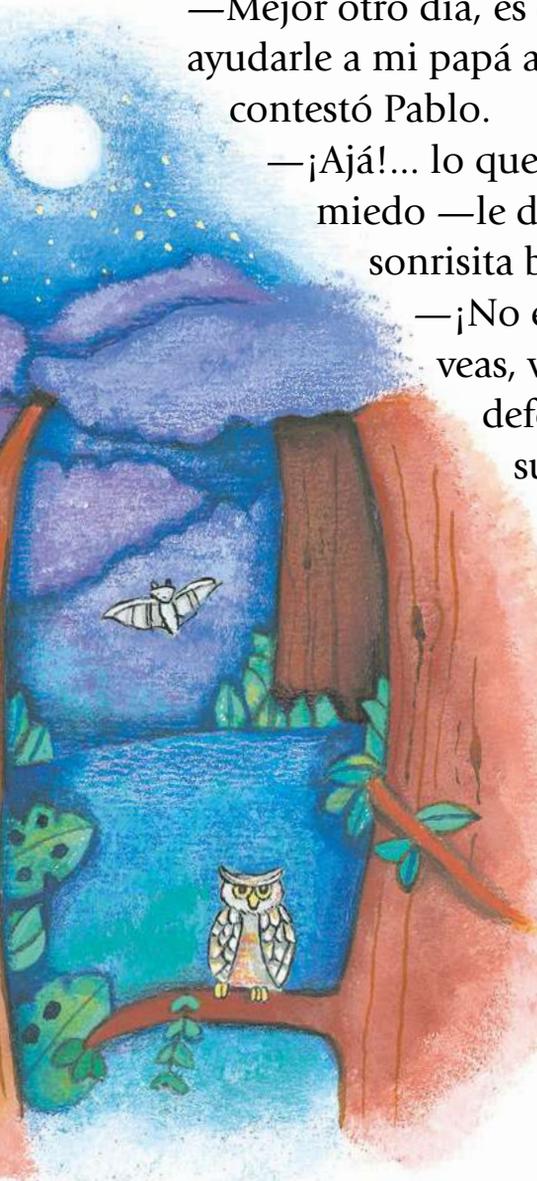
—¡Ajá!... lo que pasa es que te da miedo —le dijo Beto con una sonrisita burlona.

—¡No es cierto! Para que veas, vamos mañana —se defendió, y caminó hacia su casa acompañado del Rayo, su perro inseparable.

Esa noche Pablo no pudo dormir bien de la emoción.

¡Con suerte podría conocer al misterioso duende!

La verdad sí tenía un poco de miedo, pero andando con



Beto los dos se darían valor y el Sombrerón lo pensaría dos veces antes de querer llevárselos.

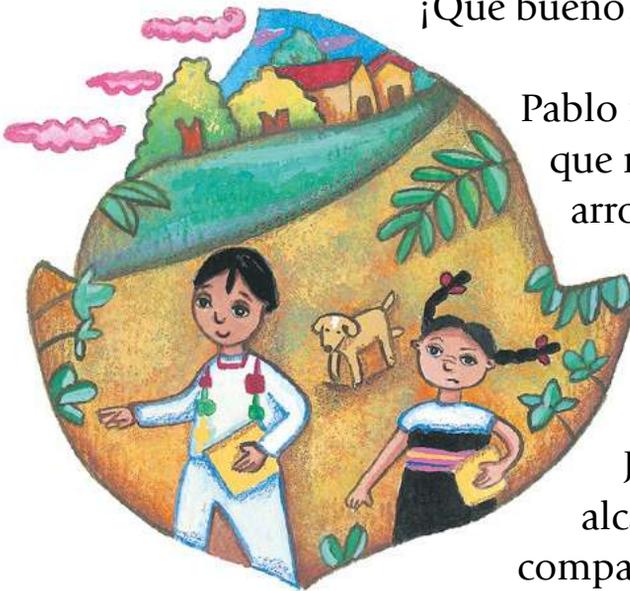
A la mañana siguiente, cuando iban rumbo a la escuela, Pablo le dijo a su hermana que no se regresaría con ella.

—Voy a ir a nadar con Beto, y no quiero que me sigas porque ni siquiera sabes flotar —le advirtió.

Julia arrugó la nariz y lo miró enojada.

—Al fin que ni quería. Además va a llover y se van a mojar antes de llegar al arroyo.

¡Qué bueno! —respondió.



Pablo iba a decirle que no era en el arroyo sino en la poza, pero ya estaban llegando a la escuela y Julia corrió para alcanzar a sus compañeras.

Cuando terminó la clase, Beto y Pablo fueron los primeros en salir. Llegaron a la poza sacando la lengua por el cansancio de la carrera y se tumbaron en la hierba para recuperar fuerzas. Al poco rato, escucharon un ruido extraño: alguien se acercaba a ellos abriéndose paso entre las ramas con la respiración agitada, y los dos se levantaron de un salto. Pablo sentía que su corazón latía muy aprisa, pero con tanta hierba no alcanzaba a ver nada.

De pronto, algo pesado saltó encima de él y lo tumbó al suelo... Al sentir unos lengüetazos en la cara, supo que se trataba del Rayo... ¡Vaya susto!

Beto se rió muchísimo, y al ver a Pablo tan pálido como una vela, le dijo:  
—No te asustes, el Sombrerón no ataca por sorpresa.

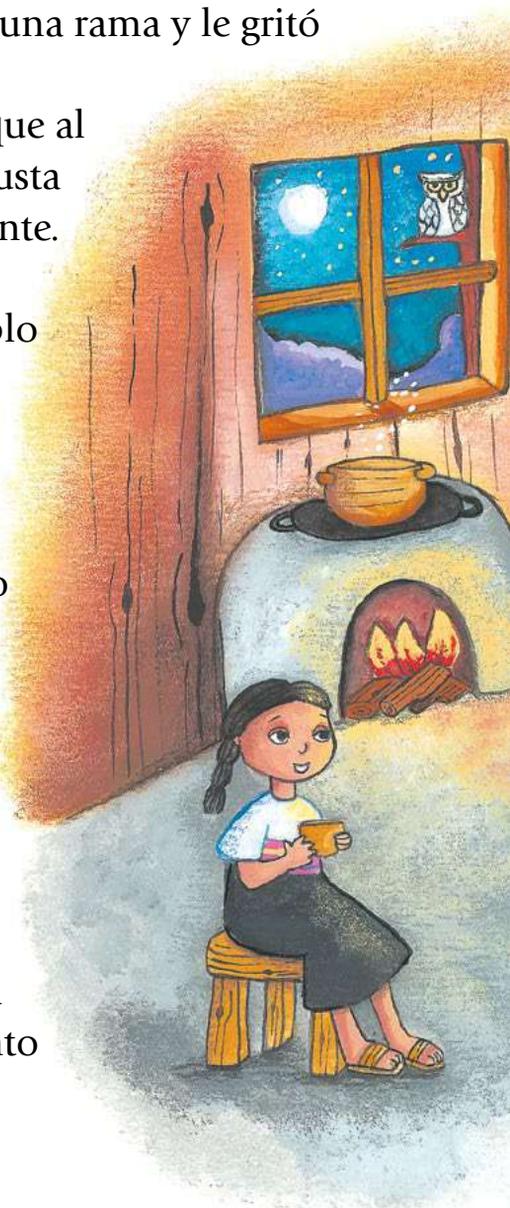
Y era cierto, pues pasó un largo rato y el duende no aparecía por ningún lado. Pablo

le propuso a Beto que volvieran otro día, pero él se metió a nadar sin hacerle caso. Dejó su ropa colgada de una rama y le gritó a su amigo:

—Ahí te la encargo, porque al Sombrerón también le gusta esconder la ropa de la gente.

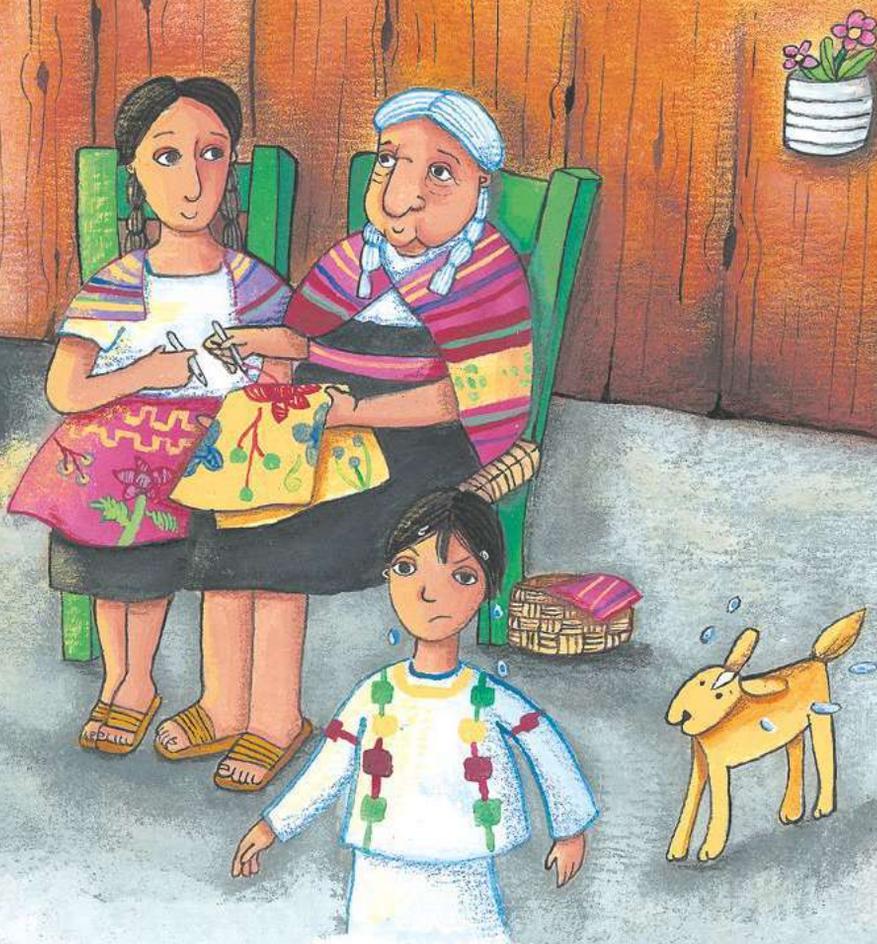
Desde ese momento, Pablo no despegó los ojos de la rama, aunque tuvo cuidado de no sentarse muy cerca de ahí. No había pasado mucho rato cuando empezó a llover; Beto salió a toda prisa para vestirse y los dos corrieron hacia sus casas.

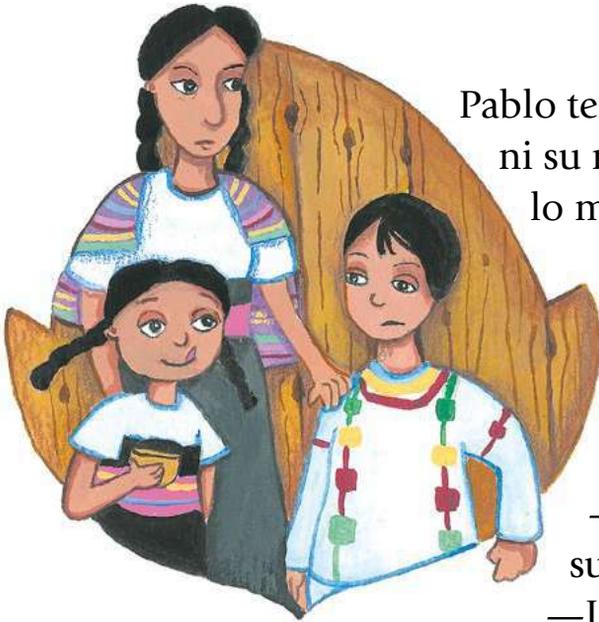
Cuando Pablo llegó a la suya, Julia estaba merendando, y su mamá y la abuela bordaban junto al fogón.



—¿Y mi papá? —preguntó en cuanto estuvo adentro, empapado de pies a cabeza.

—Fue a buscarte —le contestó Julia después de darle un sorbo a su taza de chocolate.





Pablo tenía hambre, pero ni su mamá ni la abuela lo miraron siquiera.

—¿Por qué no avisas en dónde andas? ¿No ves que se acerca una tormenta?

—preguntó al fin su mamá.

—Le dije a Julia que iba a nadar con Beto —contestó.

—Tu papá fue a buscarte al arroyo y por lo visto no andabas ahí —respondió su mamá.

—No fui al arroyo, sino a la poza —dijo Pablo.

—¡Eso no me lo dijiste! —exclamó Julia limpiándose los bigotes de chocolate con la lengua.

Pablo la miró con coraje y estuvo a punto de darle un golpe, pero su mamá intervino a tiempo.

—¡Ya está bien! —dijo—. Cámbiate de ropa que tu papá ya debe venir.

Mientras Pablo se cambiaba pensó que hubiera sido mejor encontrar al Sombrerón e irse con él, al fin que en su casa nadie lo entendía. ¿Por qué armaban tanto alboroto si no había hecho nada malo? En esas estaba cuando entró su papá, que al verlo solamente le sonrió dándole una palmadita cariñosa en la cabeza.

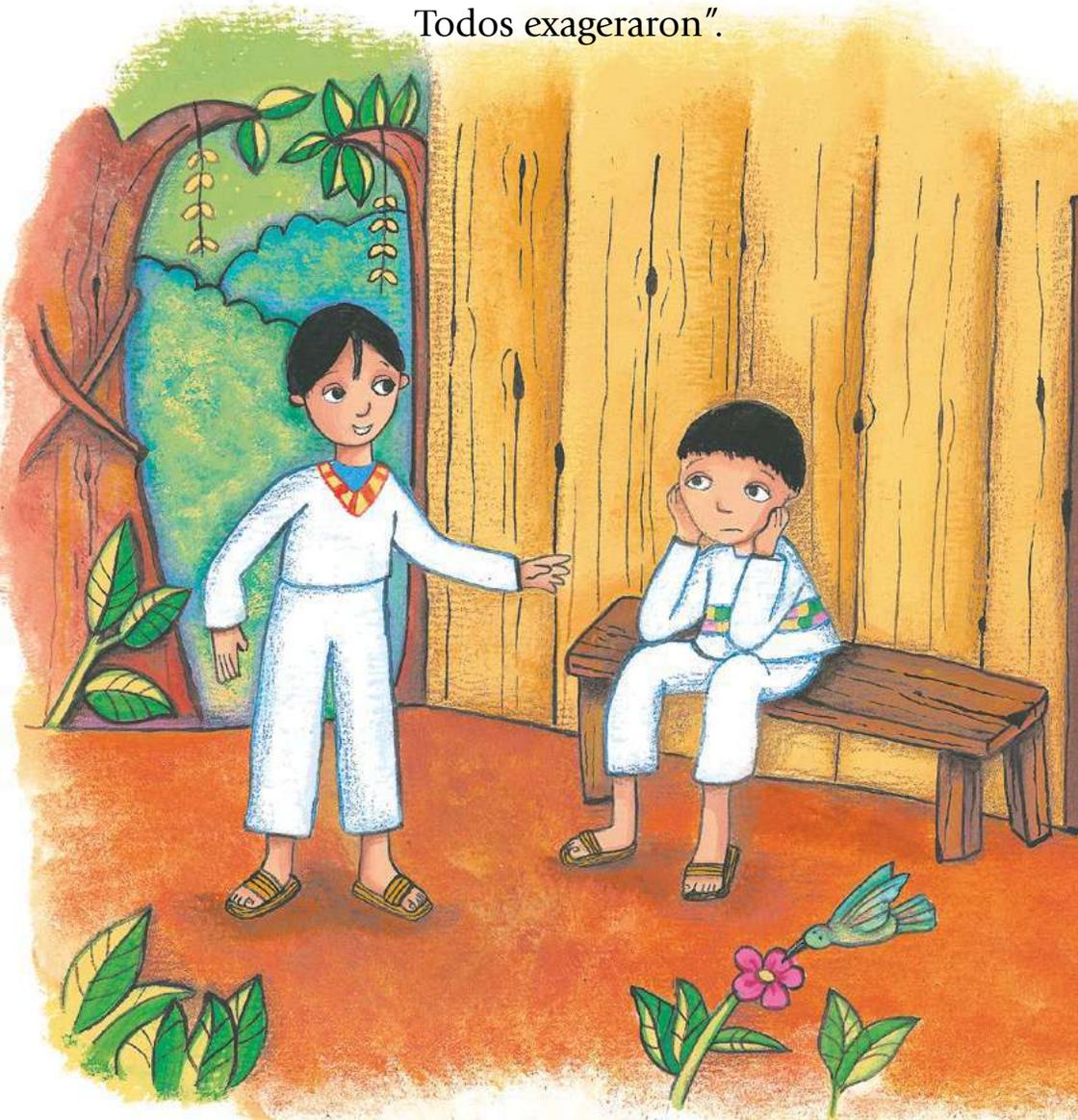
—Ven a merendar con tu papá —le dijo la abuela mirándolo con ternura.

—No tengo hambre —mintió Pablo, y se fue a acostar sin decirle a nadie “hasta mañana”.

El día siguiente era sábado. Pablo no tenía ganas de hacer las paces con nadie, así que después de desayunar le pidió permiso a su papá para ir a jugar con Beto.

—Ve pues, pero acuérdate de regresar antes de que anochezca o empiece a llover de nuevo —aceptó.

Pablo se fue con el Rayo y en el camino se fijó que el cielo empezaba a despejarse.  
“¡Qué tormenta ni qué nada! —pensó—.  
Todos exageraron”.



Cuando llegó, vio a Beto sentado en la puerta de su casa.

—¡Hey, Beto!, ¿qué estás haciendo? —lo saludó.

—Nada, estoy muy aburrido. Qué bueno que viniste —contestó sin moverse de su lugar.

—Oye, ¿por qué no vamos a la plaza? —propuso Pablo.

—No, tengo una mejor idea: vamos a pescar —se entusiasmó Beto.

—¿Cómo crees? Ni tú ni yo sabemos usar el cayuco

—exclamó Pablo sorprendido.

—¡Yo sí sé! Mi papá me enseñó la última vez que fui con él. No es difícil

—aseguró Beto.

Pablo dudó un momento.

—Pues, no sé... Si mis papás se enteran me van a regañar.



—¿Y quién les va a decir? Ándale, vamos, nomás un ratito —insistió Beto.

Pablo miró al Rayo que movía la cola alegremente de un lado a otro, como animándolo, y aceptó.

—¡Ya verás cómo nos vamos a divertir!  
—exclamó Beto.

Al subir a la canoa, Pablo sintió un poco de miedo. Nunca había viajado en cayuco sin un adulto cerca, pero también estaba emocionado. Desde ahí, la espesa selva se veía enorme, ya que los árboles apenas dejaban espacio para el paso del río.

—Toma uno de los remos y haz lo que te diga —ordenó Beto.

Cuando Pablo vio que iban a pasar cerca de su casa, trató de esconderse atrás del Rayo, pero este comenzó a ladrar en cuanto reconoció a Julia columpiándose en un árbol de tamarindo. Al escuchar los ladridos, ella gritó:

—¡Ya los vi,  
Pablo, no se  
escondan!

Los niños  
acercaron el  
cayuco a la  
orilla.

—¿Qué  
quieres? —le  
preguntó Pablo  
a su hermana.

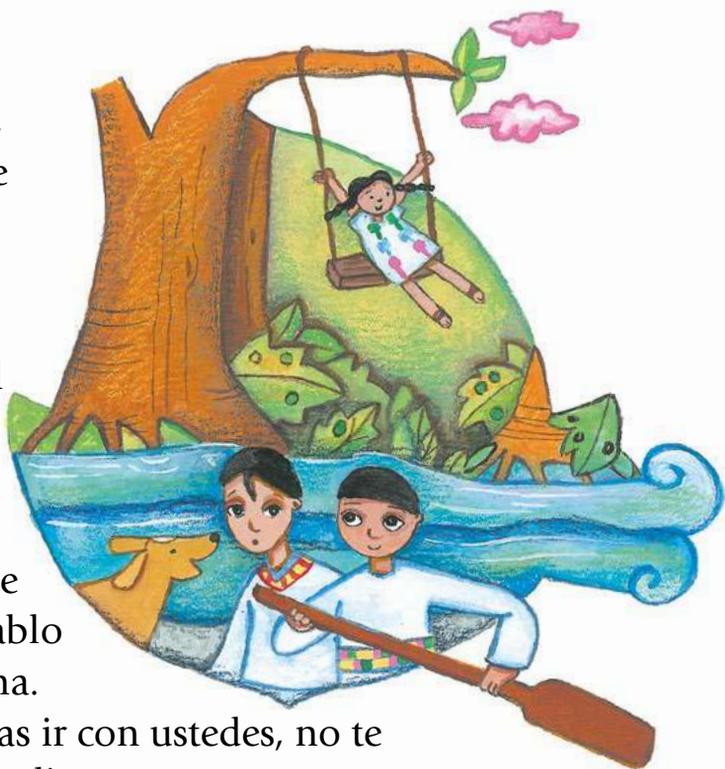
—Si me dejas ir con ustedes, no te  
acuso con nadie.

—Pero apenas estamos aprendiendo a  
remar. Te va a dar miedo —le explicó Pablo.

—Si llevan al Rayo también puedo ir yo.

—Está bien, súbete —aceptó Pablo  
fastidiado.

Al poco rato, llegaron a un lugar donde  
había peces muy grandes; detuvieron  
el cayuco a mitad del río y después de  
preparar el anzuelo, Beto lo lanzó al agua.

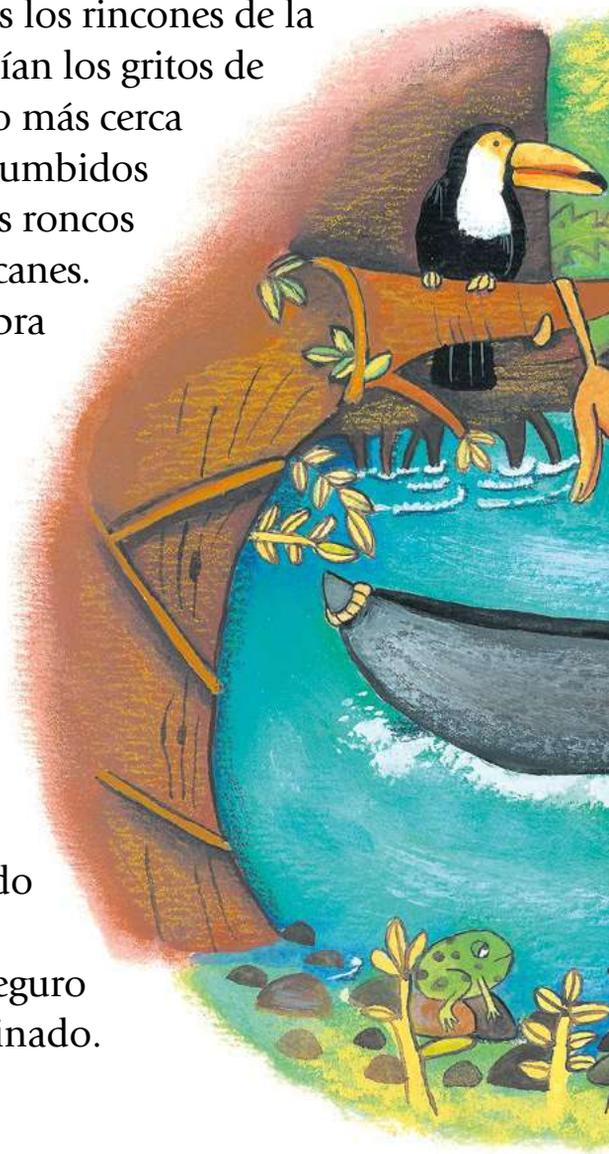


Pablo estaba atento a todo cuanto veía y escuchaba. Fuera del pueblo resultaba emocionante tratar de adivinar los sonidos que venían de todos los rincones de la selva: a lo lejos se oían los gritos de los changuitos, pero más cerca se escuchaban los zumbidos de los colibríes y los roncograznidos de los tucanes.

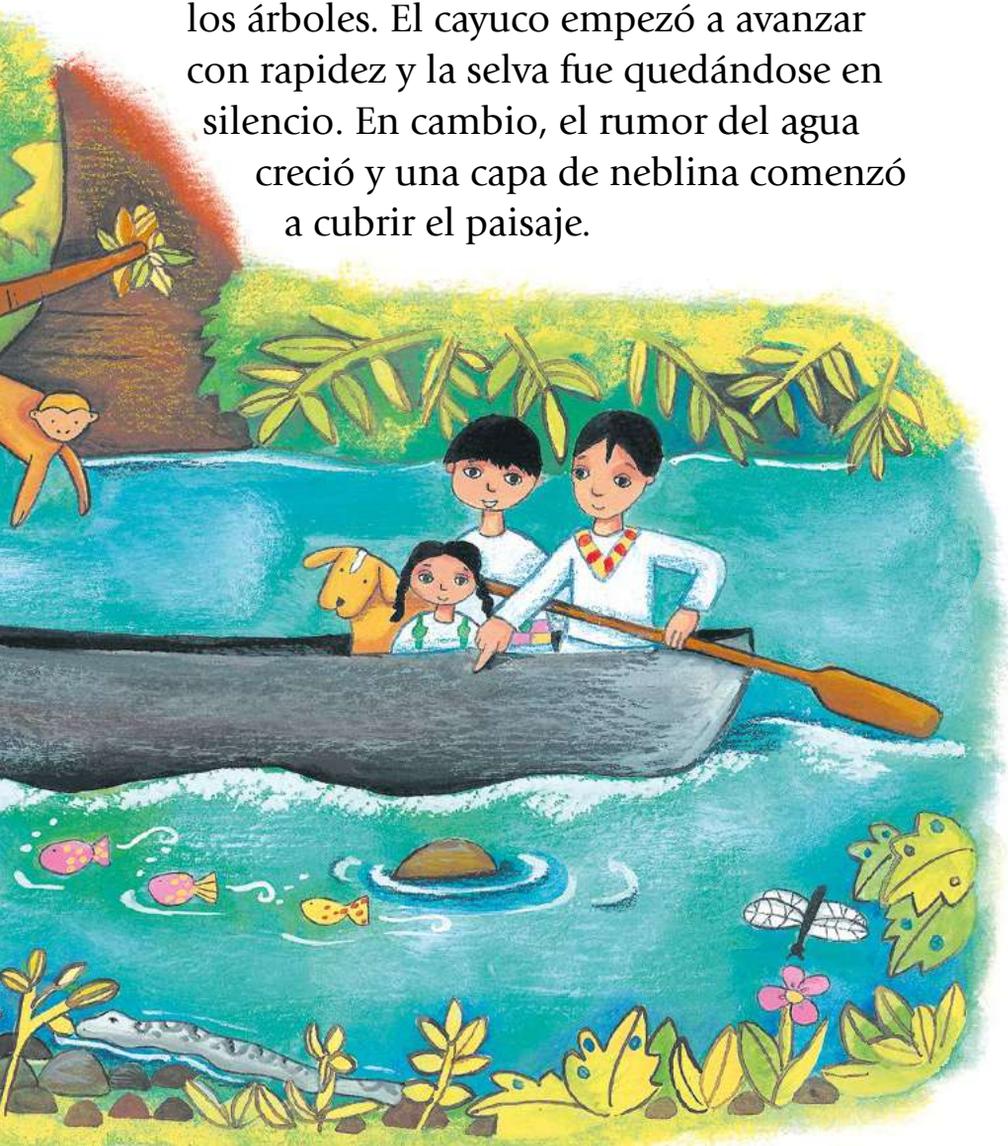
—¡Miren, una culebra ranera! —dijo de repente señalando una orilla del río. La vieron saltar dos veces para comer enteras unas ranas que sacó de entre las hierbas, y luego se perdió en el follaje.

—¡Debí haber traído mi resortera!

—exclamó Beto, seguro de que le habría atinado.



Los niños estaban tan entretenidos con la culebra que no se dieron cuenta de que un viento inesperado agitaba las ramas de los árboles. El cayuco empezó a avanzar con rapidez y la selva fue quedándose en silencio. En cambio, el rumor del agua creció y una capa de neblina comenzó a cubrir el paisaje.



Entonces cayeron las primeras gotas de lluvia.

—Oye, Beto, creo que nos estamos alejando mucho —dijo Pablo mirando alrededor con preocupación.

—No te asustes, ni modo que regresemos sin un solo pescadito.

El Rayo estaba inquieto y ladraba asustado. De pronto, la lluvia arreció y el río comenzó a revolverse formando remolinos. Los niños remaron con desesperación buscando la orilla, pero cuando ya casi llegaban, Beto gritó espantado: —¡Olvídalo, Pablo, sigamos remando! Pablo volteó hacia la orilla y sintió pánico: vio con horror la cola de un enorme cocodrilo que se deslizaba lentamente hacia dentro del río, mientras otro más grande lo seguía.

Los niños remaron con todas sus fuerzas alejándose de los cocodrilos, pero la corriente los arrastró varios metros y Pablo

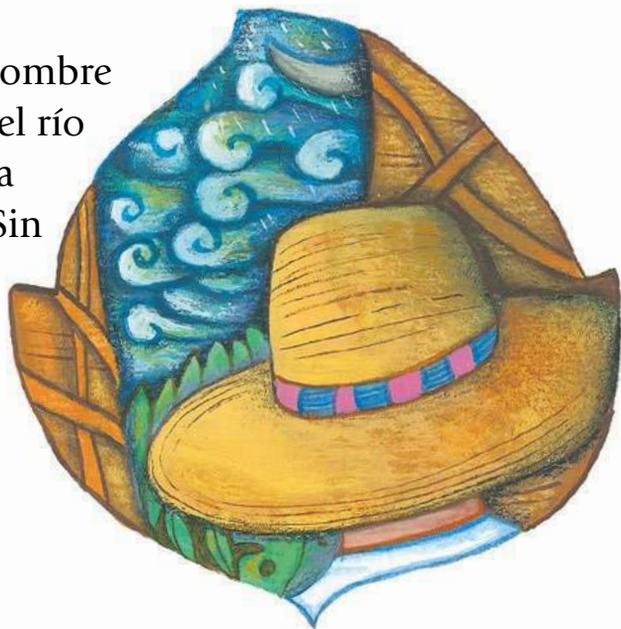
estuvo a punto de caer, perdiendo su remo entre las aguas lodosas.

Beto se apresuró a ayudarlo y, casi sin aliento, gritó:

—¡Agárrense del cayuco con las dos manos, ya no sirve de nada seguir remando!

Los niños obedecieron temblando de miedo y el Rayo se echó, escondiendo la cabeza entre sus patas. Para entonces, el río había crecido mucho y arrastraba troncos que parecían enormes cocodrilos, lo que les asustó todavía más.

A lo lejos, un hombre que observaba el río desde una orilla los descubrió. Sin perder tiempo, jaló su cayuco hacia el agua y se subió en él decidido a seguirlos. Ellos



ni lo vieron, angustiados como estaban por la terrible tormenta que los había sorprendido.

—¡Quiero a mi mamá! —lloriqueó Julia.



—Cálmate, hermanita, ya verás que pronto dejará de llover —trató de consolarla Pablo. De pronto, algo pesado sacudió el cayuco por abajo; Beto pensó que habían chocado con una piedra, pero al asomarse al agua vio dos feroces ojos verdes que lo miraban atentos dentro del río.

—¡Los cocodrilos nos vienen siguiendo, quieren voltear el cayuco para comernos!

—gritó, mientras un sudor helado le resbalaba por la frente.

Pablo sintió un escalofrío y abrazó a su hermana. Sin pensarlo dos veces, Beto alzó el remo que les quedaba y lo azotó con fuerza sobre la cabeza del animal.



Ni siquiera pudieron darse cuenta si le había pegado, pues en ese momento escucharon que alguien gritaba a sus espaldas:

—¡No se preocupen, ya casi los alcanzo!

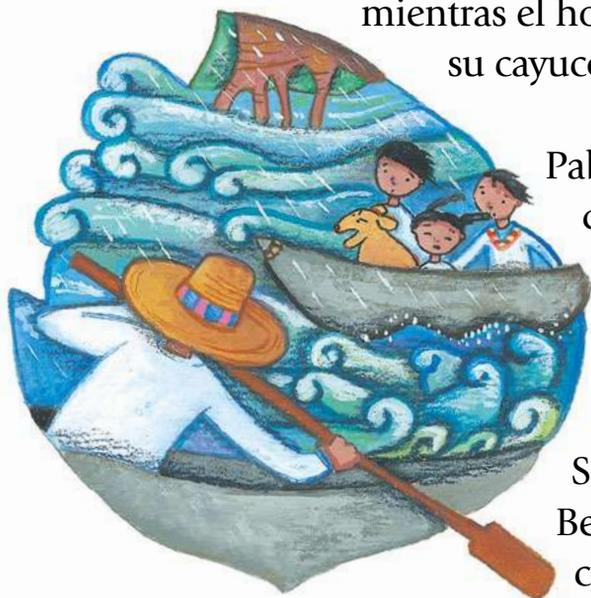
Los niños voltearon sorprendidos y vieron entre la niebla al hombre que remaba hacia ellos.

—¡Es el Sombrerón! —gritaron los tres al mismo tiempo, y el Rayo gruñó enseñándole los colmillos.

—¡Vete, ni creas que nos vas a llevar contigo!

—le dijo Beto con la voz temblorosa,

mientras el hombre emparejaba su cayuco al de los niños.



Pablo se había quedado mudo de la sorpresa. Estaba seguro de que tenían enfrente al Sombrerón, pues Beto no lo habría confundido...

El señor insistió:

—¿Qué pasa, van a esperar a que los cocodrilos se los coman de un bocado? ¡No pierdan tiempo y vengan conmigo!

—¡No le crean —dijo Pablo—, si nos lleva con él nunca volveremos a nuestras casas!

Entonces al señor se le ocurrió una idea: sacó de su morral un pedazo de tortilla y se lo ofreció al Rayo.

—¡No te lo comas! —gritó Julia cuando vio que su perro se acercaba. Pero el hombre aprovechó para jalarlo a su cayuco.

—¡Si no vienen conmigo, me llevo al perro!

—exclamó muy decidido a cumplir su amenaza.

—¡Ven, Rayo, ven con nosotros! —lo llamó Julia inútilmente.

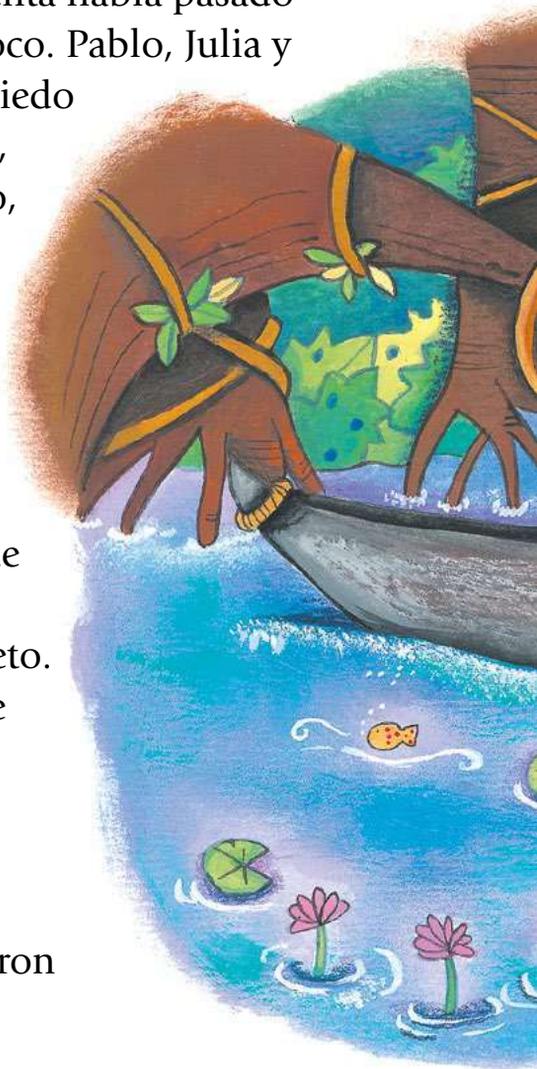
—Mejor vámonos con él... ¡No puede llevarse a nuestro perro! —le dijo Pablo a su amigo.

Los tres aceptaron y el hombre les ayudó a subir a su cayuco. Justo entonces, uno

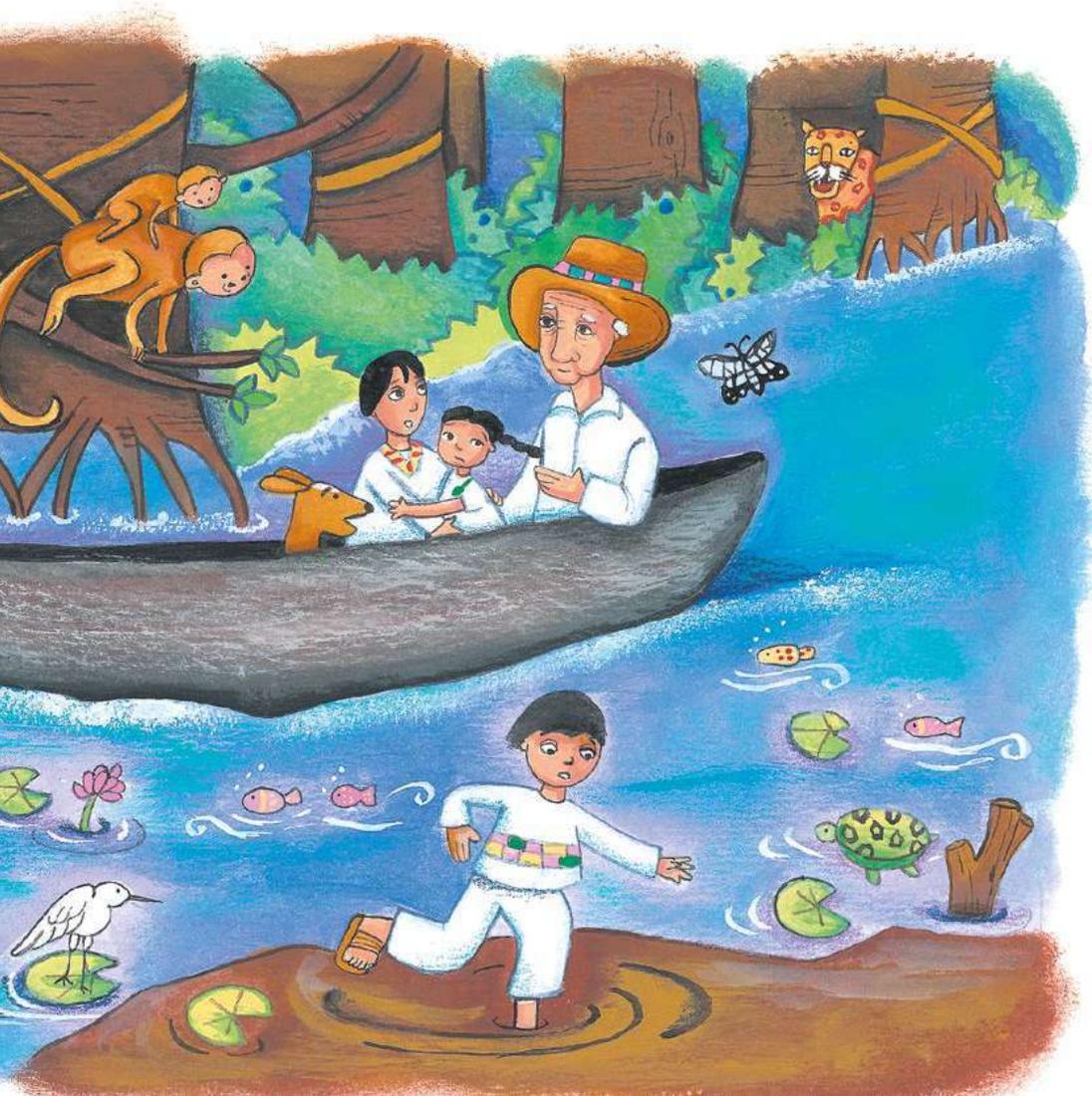
de los cocodrilos se asomó abriendo sus grandes mandíbulas y de un coletazo volteó el cayuco donde antes iban los niños.

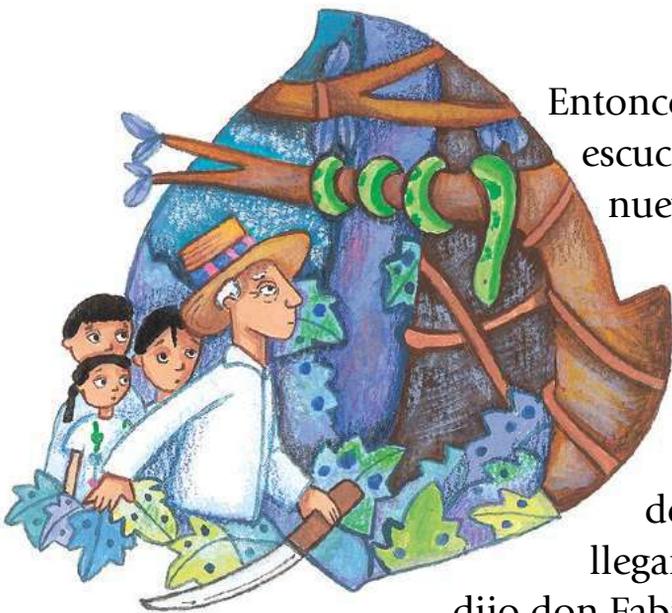
Para entonces, la tormenta había pasado y solo lloviznaba un poco. Pablo, Julia y Beto observaron con miedo y curiosidad al hombre, que ya estaba algo viejo, preguntándose si realmente se trataba del Sombrerón.

—No voy a hacerles daño. Me llamo Fabián y vivo cerca de aquí. ¿Ustedes de dónde vienen? —preguntó él.  
—De La Perla —dijo Beto.  
—Uy, pues tendrán que quedarse en mi casa porque andamos lejos —opinó don Fabián muy serio. Los niños se estremecieron y se miraron



entre sí, aunque no dijeron nada. En cuanto saltaron a tierra, Beto intentó correr, pero sus pies se hundieron en el lodo hasta arriba de los tobillos.





Entonces se escucharon de nuevo los gritos de los changos, esta vez muy cerca.

—Si tratas de escapar, no llegarás lejos —le dijo don Fabián a Beto—.

El jaguar anda rondando por aquí, así que lo mejor es que vayamos a mi casa. Los niños se espantaron todavía más. —Les prometo que mañana los llevaré a su pueblo —añadió don Fabián para tranquilizarlos.

Los tres temblaban de frío y de miedo, pero prefirieron acompañarlo que enfrentarse solos a los peligros de la selva.

—¿Qué andaban haciendo solos en medio del río? —preguntó el viejo por hacerles plática.

Ninguno de los tres quería contar que habían salido a escondidas de sus papás, pues si don Fabián era realmente el Sombrerón, se los habría llevado con más facilidad.

Cuando el viejo los vio tan temerosos, dijo: —Sus papás deben estar preocupados, pero por suerte ya pasó lo peor.

—¿De veras es el Sombrerón? —le preguntó Pablo a Beto en voz baja.

—No estoy seguro... —murmuró su amigo.

—¿No que tú ya lo conoces? —dijo Pablo sorprendido.

Antes de que Beto pudiera contestar, don Fabián se detuvo y exclamó:

—¡No se muevan, aquí hay una nauyaca!

Los niños temblaron como gelatinas. Era una culebra grande y estaba colgada de una rama, tan quieta que se confundía con los bejucos. Con mucho cuidado, don Fabián abrió una brecha lejos de ella con un machete y por ahí siguieron su camino.

—¿Por qué no la mató? —le preguntó Beto después del susto.

—Porque no nos hizo nada. Las nauyacas solo muerden cuando alguien las molesta

—contestó.

Pablo lo miró con la boca abierta.



“Entonces sí es el Sombrerón —pensó—. La abuela dice que el duende es dueño de las culebras y los venados”.

Al llegar a la casa de don Fabián, una viejecita sonrió sorprendida a las visitas. Era doña Luisa, su esposa, y el viejo le explicó que los niños andaban perdidos, por lo que pasarían la noche con ellos.

—Préstales algo de ropa para que se cambien

—dijo por último.

Aprovechando que don Fabián

se distrajo

para colgar

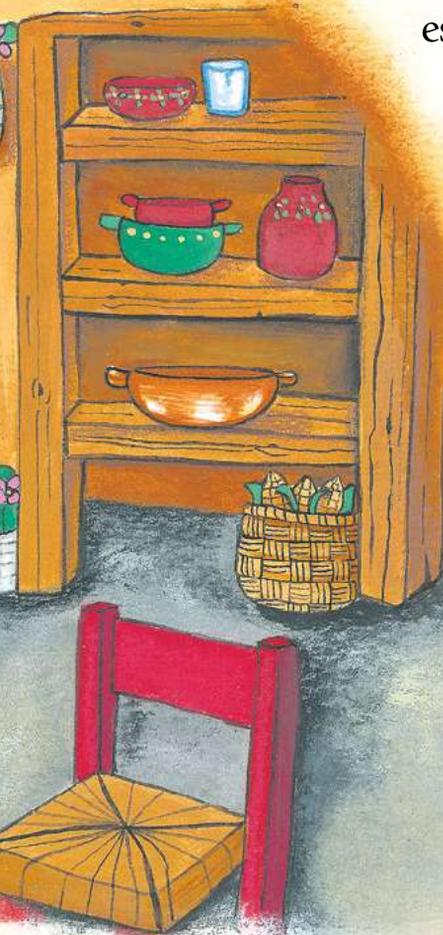
su sombrero,

Pablo le dio

un codazo

a Beto y

murmuró:



—No sabía que los duendes tuvieran esposa.

—Yo menos —contestó Beto encogiéndose de hombros—. Pero no me voy a quitar la ropa... ¿qué tal si la esconde?

Solo Julia aceptó cambiarse, y mientras doña Luisa la ayudaba a cepillar su cabello, le preguntó su nombre. La niña era la única que ya no tenía miedo y los presentó a todos, incluido el Rayo.

Después de un rato, doña Luisa los llamó a merendar y, justo cuando terminaron, un poderoso rugido de jaguar retumbó tan cerca que los hizo saltar de sus sillas.

El viejo mandó a todos a dormir.

—Yo vigilaré la lumbre. Si el jaguar pasa por aquí, el fuego bastará para alejarlo —les dijo.

Pablo y Beto casi no pegaron el ojo en toda la noche. ¿Qué tal si don Fabián era el duende y los asustaba mientras dormían?

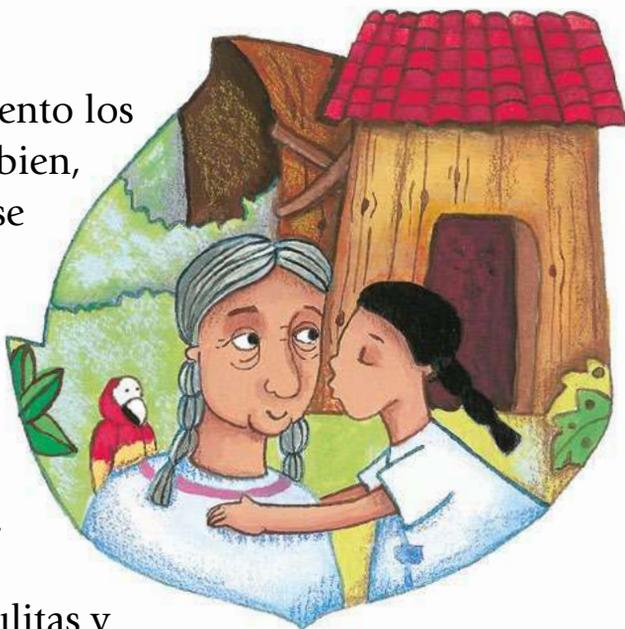
Hasta el momento los  
había tratado bien,  
pero ellos no se  
confiaban.

A la mañana  
siguiente,  
despertaron  
sanos y salvos.

Don Fabián  
ensilló dos mulitas y  
doña Luisa preparó unas quesadillas, unos  
guajes con agua fresca y un poco de dulce  
de calabaza para el camino.

Cuando todo estuvo listo, los niños se  
despidieron de doña Luisa. Julia se abrazó de  
su cuello y le dio un beso en la mejilla.  
—Eres igualita a mi abuela —le dijo.

Pablo y Julia se subieron en una mula y  
don Fabián compartió la otra con Beto.  
Después de caminar un rato, descubrieron  
una vereda limpia de ramas y troncos que



estorbaran el paso, pero en la que había varias huellas de sangre.

—Fue el jaguar —dijo don Fabián—. Debió haber matado un animal grande y por aquí lo llevó arrastrando a un lugar seguro para comérselo.

Los niños se quedaron mudos, con la mirada fija en el suelo.

—Pero no hay de qué preocuparse —comentó don Fabián al verlos—, eso pasó durante la noche y ahora debe andar muy lejos.

A Pablo le maravillaba todo lo que el viejo sabía. Entonces pensó que le hubiera gustado tener un abuelo como él, pues el suyo había muerto hacía varios años y ni siquiera lo conoció. Caminaron varios metros río abajo hasta que encontraron una enorme cascada.



—Desde aquí se ve hermosa —dijo don Fabián—, pero ayer poco faltó para que cayeran en este lugar.



Ahora sí, los niños creyeron que habían tenido mucha suerte al encontrarlo. El río todavía estaba muy crecido y decidieron atravesarlo por un puente colgante, balanceándose peligrosamente de un lado a otro mientras caminaban sobre él. Tuvieron que agarrarse con fuerza de las mulas para no resbalar.

—¡No miren para abajo! —les gritó don Fabián.

Beto desobedeció y pudo distinguir varios cocodrilos que se asomaban en el río, listos para atrapar cualquier cosa que les cayera de arriba.

Por fortuna, llegaron al otro lado sin problema y continuaron su camino. Pablo quería preguntarle a don Fabián si conocía al Sombrerón, pero pensó que se reiría de él y no se atrevió.

Un rato después, el grupo se detuvo a orillas de un arroyo para comer y descansar.

—¿Todavía falta mucho para llegar al pueblo? —preguntó Julia saboreando la última cucharada de dulce.

—No, en cuanto veas correr al Rayo querrá decir que tu casa ya está cerca —le dijo don Fabián.

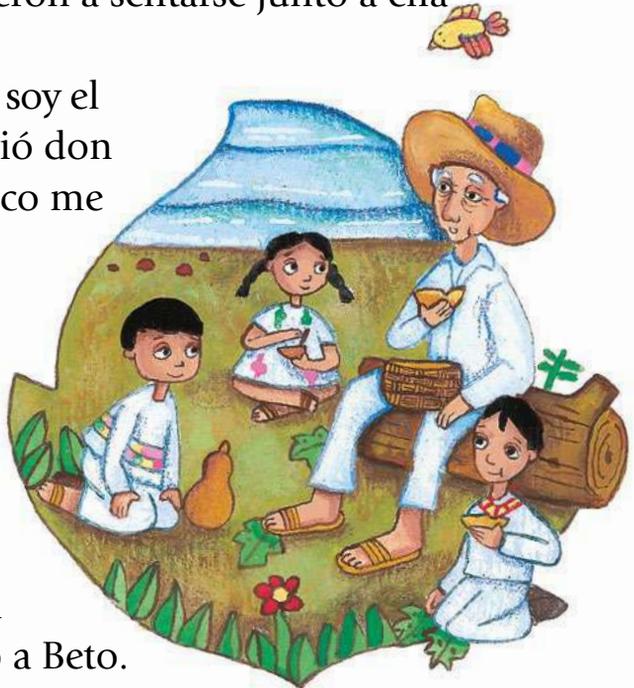
—¡Qué bueno que tú no eres el Sombrerón!  
—contestó Julia sonriendo.

Pablo y Beto corrían entre los árboles, pero al escucharla fueron a sentarse junto a ella y el viejo.

—¡Claro que no soy el Sombrerón! —rió don Fabián—. ¿A poco me parezco a él?

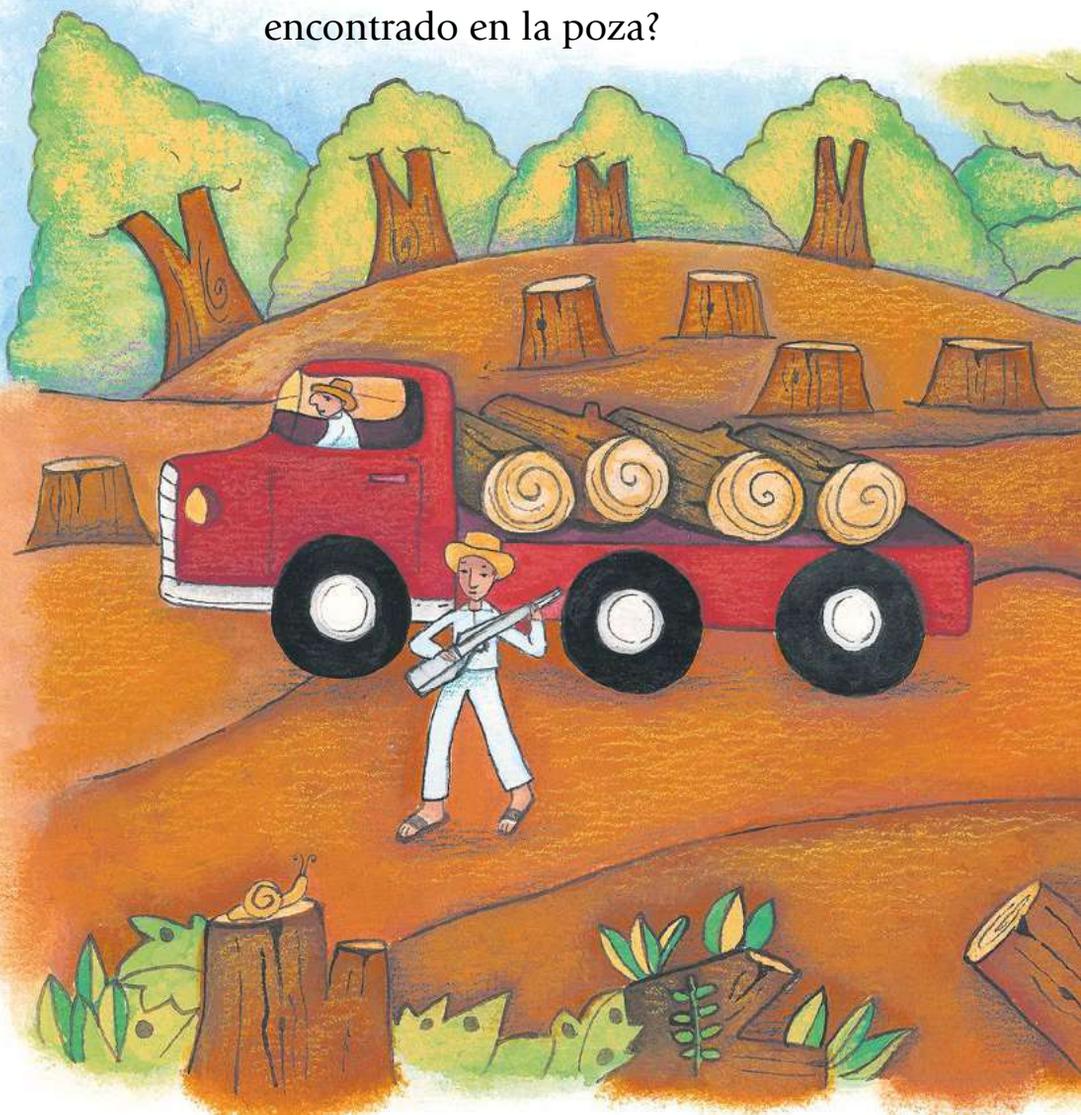
—Yo no lo conozco —dijo Pablo—. Pero Beto sí lo ha visto.

—¿De veras?  
—preguntó don Fabián mirando a Beto.



—Sí... bueno, no... la verdad es que nunca lo he visto —confesó.

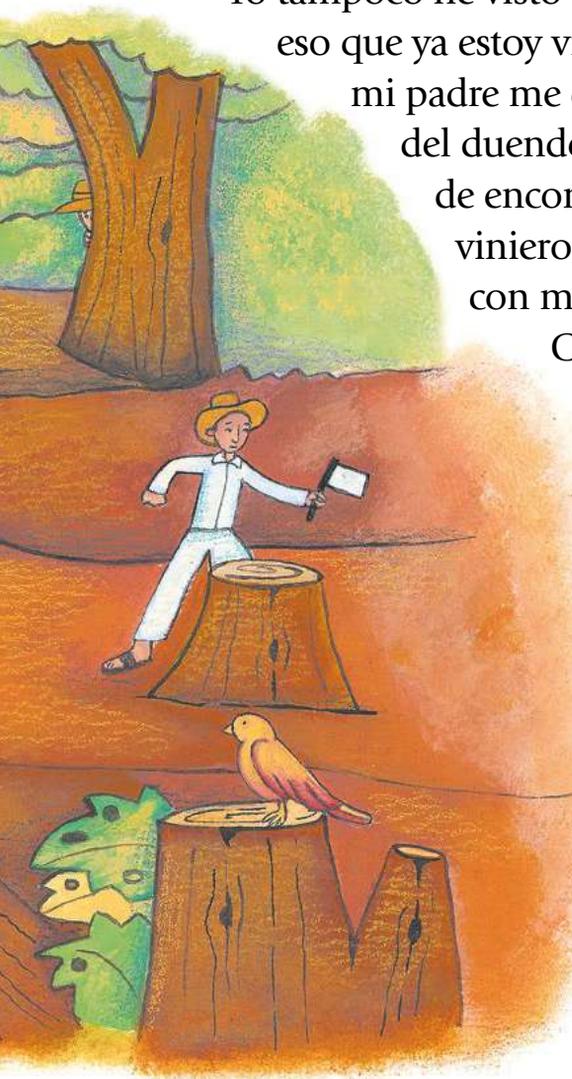
—¡Eres un mentiroso! —exclamó Pablo—.  
¿Por qué me dijiste que lo habías encontrado en la poza?



—Nomás te engañé para asustarte. Pablo correteó a Beto para darle su merecido, pero don Fabián los llamó y comenzó a platicarles una historia:

—Yo tampoco he visto al Sombrerón, y eso que ya estoy viejo. De pequeño mi padre me contaba historias del duende y yo tenía miedo de encontrármelo. Un día, vinieron muchos hombres con máquinas y rifles.

Comenzaron a cortar los árboles y a matar animales salvajes. En unos días, un gran trozo de selva quedó desierto; los hombres dijeron que venderían la madera y harían un gran potrero. A mí me dio tristeza



ver tantos árboles tirados. Pero un día, así como llegaron, los hombres se fueron huyendo. La gente contaba que habían visto al Sombrerón y que esa misma tarde uno de ellos desapareció. Sus compañeros se asustaron tanto que partieron enseguida y ya no quisieron regresar.

Los niños se quedaron pensativos.

—¿Y el hombre perdido no apareció nunca?

—preguntó Pablo intrigado.

—En realidad había salido a cazar sin

avisarle a nadie. Días después encontraron su rifle sin

balas, tirado en una

brecha donde había

huellas de jaguar.

¡Seguramente

el animal

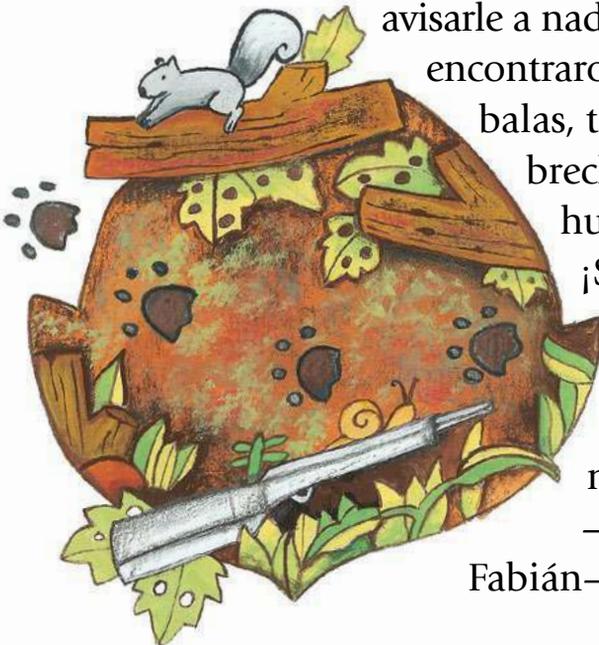
se defendió

y acabó por

matar al cazador!

—explicó don

Fabián—. Entonces el



Sombrerón dejó de darme miedo, pues su leyenda evitó que destruyeran esta parte de la selva.

El Rayo, que estaba echado en la hierba, levantó de pronto el hocico y corrió dando fuertes ladridos y moviendo la cola.

Entre los árboles apareció primero el papá de Pablo y luego el de Beto, quienes desde la noche anterior andaban en busca de sus hijos.

—¡Niños, qué alegría verlos! —dijo el papá de Pablo corriendo hacia ellos.

—¡Nos dieron un buen susto! —exclamó el papá de Beto.

Los niños abrazaron a sus padres y se arrebataron la palabra para contarles su aventura, en la que don Fabián fue el héroe. Entonces los dos hombres le dieron un fuerte abrazo y le agradecieron, una y otra vez, que hubiera salvado a sus hijos.

—Cualquiera en mi lugar habría hecho lo mismo —dijo don Fabián humildemente.

Pablo, Julia y Beto se despidieron de él con tristeza, asegurándole que muy pronto irían a visitarlo.

Al llegar al pueblo, el resto de sus familias y los vecinos saludaron a los niños desde la plaza. Pablo y Julia corrieron a abrazar a su mamá y a la abuela, que derramaron lágrimas de emoción en cuanto los vieron.

La gente se reunió alrededor de ellos, ansiosa de que platicaran lo que les había ocurrido, y después de enterarse de todo, se fueron tranquilamente a sus casas.



En el camino, la abuela Mati le dijo a Pablo:  
—Menos mal que los encontró una buena  
persona. Llegué a pensar que se los había  
llevado el Sombrerón.

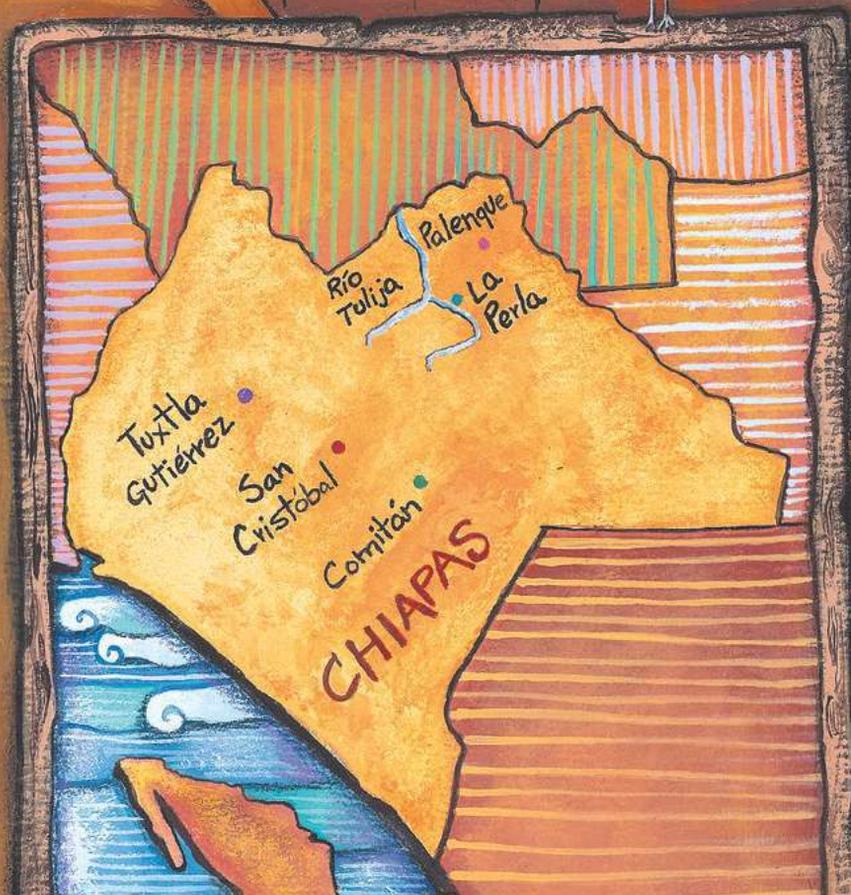


—No, abuela. Esta vez nos encontramos con un duende bueno —dijo Pablo guiñándole un ojo a su hermana.

Y en ese momento pasó cerca de él un caballo con las crines trenzadas, pero Pablo estaba tan feliz de reencontrarse con su familia, que ni siquiera lo vio.



Versión digital, octubre de 2022.



**GOBIERNO DE  
MÉXICO**

**EDUCACIÓN**  
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

**CONAFE**  
Consejo Nacional de Fomento Educativo

**Tierra de Tesoros**

DISTRIBUCIÓN GRATUITA / PROHIBIDA SU VENTA

"Este programa es público, ajeno a cualquier partido político.  
Queda prohibido el uso para fines distintos a los establecidos en el programa".